

CARISMA COMBONIANO

**Naturaleza y contenido-
origen y presente**

(Granada, agosto ´09)

Joaquim José Valente Da cruz, mccj

Aceptando el reto de los organizadores de la asamblea de los combonianos laicos que este año se realiza en Granada, me he abierto a un lento proceso de reflexión y de síntesis del *carisma comboniano*. Al repetirse, esta pregunta que tan frecuentemente me hacen, combonianos y no combonianos, religiosos y laicos, adultos y jóvenes, adquiere una mayor fuerza y urgencia. Comparto con vosotros mi reflexión, abriéndola ya desde ahora a vuestros aportes y profundizaciones.

1. La naturaleza de los carismas

En un mundo en el que el lenguaje se ha vuelto frecuentemente ambiguo y, más a menudo incluso, carece de profundidad y contenido, creo que es útil empezar focalizando el objeto de nuestra reflexión. Entre otras razones, porque precisamente la palabra *carisma*, reactualizada por la teología del siglo XX después de siglos de letargo y ocultación, ha tenido una suerte muy diversificada, dado que ha sido muy pronto adoptada en el contexto de otras ciencias humanas, así como en el lenguaje corriente, con significados frecuentemente divergentes. Un fenómeno que se refleja también en el lenguaje eclesial, oscureciendo la claridad y la riqueza original del concepto.

Como frecuentemente sucede en nuestros tiempos, el deslizamiento conceptual se ha desarrollado transfiriendo el centro de Dios al individuo. Allí donde originalmente *carisma* significaba el don de Dios que inspira, impulsa y sostiene la acción del hombre y de la mujer, con frecuencia no queda otra cosa que el individuo y sus capacidades innatas o adquiridas.

Curiosamente, el término **carisma** es redescubierto, no en el contexto de la reflexión sobre la vida religiosa (donde se hablaba más bien de espíritu de los orígenes o de la fundación), sino al interior de aquel amplio proceso de revisión eclesiológica iniciado en el siglo XIX que culminaría en el Vaticano II, con la nueva visión de la Iglesia como Sacramento de Cristo (eclesiología del misterio, del Cuerpo Místico de Cristo) y como Comunidad humana

(eclesiología de comunión, del Pueblo de Dios). Nos alejábamos así de la Iglesia sociedad perfecta y se buscaba acercarnos a las primeras comunidades cristianas descritas en la Palabra de Dios, sobre todo en las cartas de Pablo.

El paciente ahondamiento en estas intuiciones llevó a una visión que revoluciona también la comprensión del “espíritu de los orígenes” o “de la fundación” de las familias religiosas o de las sociedades pías clericales o laicales, de nueva o antigua fundación en la Iglesia, re-proponiéndolo en un modo original como *carisma eclesial*. Procuraré recoger aquí algunos frutos de estos 50 años de reflexión, para ayudar a una mejor comprensión de los carismas en la Iglesia.

1.1. El misterio y el ministerio de Cristo (dimensión cristológica)

“¡Para mí el vivir es Cristo!” (Ef 1,21)

El fundamento de toda conducta cristiana es evidentemente Cristo mismo. La llamada hecha a cada hombre o mujer que en su vida encuentra a Jesús de Nazaret y que expresa la duda de Tomás –“Señor, no sabemos dónde vas; ¿cómo podemos conocer el camino?”– es la de reconocerlo como “camino, verdad y vida” (Cfr Jn 14, 5–6).

La actitud fundamental de todo cristiano es la de intentar conocer, interiorizar y vivir este “camino”, esta “verdad”, esta “vida”...., esto es, **conocer personalmente, interiorizar existencialmente y vivir en plenitud a Cristo**. Vivir a Cristo imitándolo cuando se dirige preferentemente a los más pobres y marginados, cuando revela el corazón misericordioso del Padre y cuando anuncia una palabra de liberación y salvación; buscando también comprender lo que lo impulsaba a aquella acción y aquel anuncio: la misión recibida del Padre y realizada en profunda comunión de amor con Él.

Pero, ante la profundidad y la riqueza de la vida y espiritualidad de Jesús de Nazaret, nosotros –los cristianos– no podemos sino sentirnos pequeños e inadecuados para vivir un misterio tan profundo.

1.2. Vivir a Cristo en el Espíritu (Dimensión pneumatológica)

“¡El que cree en mí hará las obras que yo hago y aun mayores, porque yo voy al Padre!” (Jn 14, 12)

En el momento en el que Jesús anuncia a los discípulos que su misión debe continuar por medio de ellos, prueban la misma perplejidad que experimentamos ante nuestros límites: ¿Quiénes seremos y qué haremos sin la guía del Señor? La respuesta de Jesús, profundo conocedor (¡en persona!) de nuestra humanidad y del Espíritu, es: “Les digo la verdad: Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá el Consolador” (Jn 16,7).

El Espíritu de Dios nos inserta en la misión del Hijo y nos comunica la fuerza necesaria para cumplirla. Llamados, por tanto, como cristianos, a vivir a Cristo en su misterio y ministerio; llamados a ser sacramento de Cristo en el mundo, esto es, *signos claros e instrumentos eficaces* de su presencia y de su acción en cada contexto en el que nos toca vivir, nosotros somos capacitados (*empowered*) en el Espíritu para vivir esta llamada adecuadamente.

1.3. En misión como comunidad (dimensión eclesiológica)

“Muestre mejor cada día a fieles e infieles, el Cristo, ya sea entregado a la contemplación en el monte, ya sea anunciando el Reino de Dios a las turbas, sanando enfermos y heridos, convirtiendo los pecadores a una vida correcta, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que le envió” (LG 46).

El Señor Jesús, enviando a los discípulos en misión “de dos en dos” (cfr Lc 10,1), revelaba como la misión de una Iglesia, que debe revelar a un Dios que

es unidad de naturaleza y multiplicidad de personas, no puede ser vivida sino en comunidad, en la complementariedad de los dones.

La gran familia cristiana, en la cual, por la fuerza del Espíritu, Cristo se expresa a través de los siglos, es también una unidad de dones y de expresiones múltiples. El Espíritu con la diversidad de dones suscita en la Iglesia personas y grupos humanos que expresan momentos particulares del misterio y del ministerio de Cristo, y **sólo en la complementariedad y en la sinergia de estos dones se expresa la totalidad del misterio.**

Dones diferentes, pero no contrapuestos, esenciales pero no únicos, vividos personalmente pero potenciales en la relación.

1.4. ¿Qué es por tanto un carisma?

“Buscad primero el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6, 33)

El carisma es un don del Padre, comunicado en el Espíritu, a una persona o un grupo de personas para dar vida (hacer presente y activo) en la Iglesia a un aspecto específico del misterio y del ministerio del Verbo, para capacitar a la Iglesia, en sinergia con todos los otros carismas, para “mejor presentar a Cristo”, esto es, hacerlo más fácilmente reconocible y activo en el mundo.

En esta breve definición de carisma, el punto de partida es el amor del Padre y el punto de llegada es “el mundo”, esto es, una persona o un grupo humano concreto, con su historia y cultura específica. ¡Pero esto no debe comprenderse de manera estática y unidireccional! Este movimiento de amor del Padre –que en el Espíritu capacita a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, a buscar el Reino de Dios y su justicia– es respuesta a un “grito” concreto de este mundo, aunque si este grito no siempre se dirige a Dios. Por tanto, los carismas son siempre respuesta a situaciones humanas concretas. En otras palabras: a la llamada que nos dirige Dios en el Espíritu corresponde una llamada que nos dirige el “mundo”.

Por eso cada carisma encierra en sí mismo y exige una doble atención y fidelidad: hacia Dios que en el Espíritu revela y comunica una dimensión particular del misterio y del ministerio de Cristo (dimensión místico–espiritual del carisma) y hacia un grupo humano sujeto de aquel grito, de aquella llamada (dimensión apostólico–ministerial del carisma).

Estas dos dimensiones (“momentos”) son en verdad inseparables y exigen más bien la capacidad de vivirlas sinérgicamente: esto es, dejando que la contemplación del amor Fontal del Padre nos ayude a escuchar más claramente el grito de la humanidad, y que la cercanía y el compartir las condiciones de aquel grupo humano nos ayude a conocer mejor el corazón del Dios que nos envía.

Faltar a la fidelidad a una sola de estas dimensiones es quitarle al carisma recibido su fuerza y relevancia.

2. ¿Qué don ha hecho Dios a la Iglesia y al mundo en y por medio de Comboni?

Comboni, incluida su grandeza humana y espiritual, no escapa a esta común condición de todo cristiano: en la amplitud de su visión y de su corazón y en el celo de su apostolado, habría querido ciertamente abrazar todo el misterio de Dios y responder a todas las necesidades de los más pobres y abandonados; sin embargo, ha debido concentrarse, también él, en una dimensión específica del misterio y ponerse al servicio de un grupo humano específico.

Para ayudarlo en el discernimiento gradual de esta opción, lo acompaña el Espíritu; primero en la mediación humana de los guías espirituales y de los “signos de los tiempos” (aunque entonces no se les daba tal nombre), y después en la extraordinaria comunicación de un carisma fundacional.

2.1. El misterio del Traspasado (dimensión espiritual)

“Cristo Jesús, siendo de naturaleza divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó...” (Fil 2, 6–9).

Sabemos que para Comboni es precisamente este Cristo despojado, muerto y traspasado en la cruz, que se convierte en inspiración y modelo para el misionero y fuente de vida y esperanza para la humanidad humillada y despojada, que él había encontrado y a la que había aprendido a amar en su primera breve y sufrida estancia en Santa Cruz. Sin salud, confrontado a la muerte de sus co-hermanos y de la propia madre, pero fuerte de una fe profundamente enraizada en su corazón, Comboni no puede sino leer su situación existencial a la luz del misterio pascual: la muerte que lleva a la vida.

Cuando en 1864 Don Ortalda le propone publicar su Plan, él añade al texto original una introducción para el lector, en la que comparte y amplía a todos la experiencia de Dios sobre la que el texto se basa:

“El católico, acostumbrado a juzgar las cosas con la luz que le viene de lo alto, miró a África no a través del miserable prisma de los intereses humanos, sino al puro rayo de su fe; y descubrió allí una miríada infinita de hermanos pertenecientes a su misma familia, por tener con ellos un Padre común arriba en el cielo, encorvados bajo el yugo de Satanás y al borde del más horrendo precipicio. Entonces, llevado por el ímpetu de aquella caridad encendida con divina llamarada en la falda del Gólgota, y salida del costado del Crucificado para abrazar a toda la familia humana, sintió que se hacían más frecuentes los latidos de su corazón; y una fuerza divina pareció empujarle hacia aquellas bárbaras

tierras para estrechar entre sus brazos y dar un beso de paz y de amor a aquellos infelices hermanos suyos” (EE 2742).

Y cuando en 1871 debe escribir las Reglas para ayudar a formar a sus seguidores y compañeros en la misión de Sudán escribe:

“(Los alumnos del Instituto) se forman en esta disposición esencialísima teniendo los ojos siempre fijos en Jesucristo, amándolo tiernamente y procurando entender cada vez mejor qué significa un Dios muerto en la Cruz por la salvación de las almas. Y renovando a menudo su total ofrecimiento a Dios, incluidas la salud y la vida, en ciertas circunstancias de mayor fervor hacen todos juntos en común una formal y explícita consagración a Dios de sí mismos, ofreciéndose cada uno con humildad y confianza en su gracia también al martirio” (EE 2892).

Precisamente en esta contemplación y en esta experiencia vivida de la cruz, Comboni madurará la necesidad de “conquistar el triunfo sobre *seipsum* práctico y profundo” (EE 6875).

Este *triunfo práctico y profundo sobre sí mismo* es tan importante para él que no dudará en reprochar al P. Sembianti, al que poco antes había confiado la dirección de sus institutos en Verona, escribiéndole: “No es usted aún fuerte en la virtud de la mortificación, del domar el yo, del llevar la cruz, y del *abneget semetipsum* y del *(pro) nihilo reputari*... aunque puro y santo en las intenciones, sin embargo en cuanto a virtud sólida y varonil, de verdadera y profunda humildad; deseo de llevar la cruz y de hacerse anatema como el apóstol por los hermanos, todavía es niño” (EE 6875).

Sobre sí mismo escribe: “Me desprecio a mí mismo cuando se trata de caridad, y no me preocupo de la opinión ajena, que se puede fabricar; Presto oídos solamente a mi conciencia cuando hay peligro de que un alma se pierda, y por gracia de Dios sigo perfectamente esa gran norma: *ama nesciri*

et pro nihilo reputari. (...) He aprendido y conocido también lo sabia que es la verdad predicada por el Apóstol: *cupio anatema esse pro fratribus meis*" (EE 6847).

Sobre todo en los últimos años de vida de Comboni vemos claramente este triunfo sobre sí mismo. Debe someterse a la presión de Propaganda y renunciar a la parte más prometedor de su Vicariato, someterse a la presión de Canossa y renunciar a la misionera libanesa Virginia Mansur, someterse a la presión de Austria y renunciar a Bonomi como vicario general...

Renuncia práctica y profunda, como dice Comboni. Ambos adjetivos son importantes, porque la suya es una renuncia, no sólo exterior, sino sobre todo interior. Un no a la propia voluntad, un no a sí mismo. Para usar el lenguaje de Pablo, en el que Comboni encuentra una referencia, un vaciarse, un desear convertirse en "maldición" a favor de los hermanos.

En los últimos días de su vida, Comboni escribe bastante sobre el sufrimiento, que le oprime. Pero él, pastor de la Iglesia sudanesa, comprende que el camino que lo conduce a la cruz es el camino del Buen Pastor que ofrece la propia vida por la regeneración de África:

"Sólo en la Cruz está el triunfo. El Sagrado Corazón de Jesús palpité también por los pueblos negros de África Central y Jesucristo murió igualmente por los africanos. También acogerá Jesucristo, el Buen Pastor, a África Central dentro de su redil. Y el misionero apostólico no puede recorrer sino la vía de la Cruz del Divino Maestro, sembrada de espinas y de fatigas de todo género. "Non pervenitur ad magna paemia nisi per magnos labores" (EE 5647-5648).

La unión mística con el Traspasado se hace sentir cada vez más. Comboni siente como también su mismo corazón está traspasado y como también él está ahora colgado en la cruz y escribe:

“Jesús nos apalea y nos da la Cruz...

Bendito sea siempre. Sobre la cruz se funda sólidamente nuestra santa obra...

Rece siempre a Jesús y a su sacratísimo Corazón por mí, que estoy crucificado, a fin que yo ame verdaderamente cada vez más la cruz y las espinas, que convertirán a la Nigricia” (EE7155-7156).

Cercano al fin, escribe al P. Sembianti dos cartas en las que, por una parte, reconoce el peso de su coherente sequela de Cristo; pero, por la otra, testimonia la profunda alegría de haberse convertido en un instrumento de transmisión de vida a su África:

“Siento en el corazón el peso de la cruz...

¡Oh, dulce Jesús mío! Ha fabricado la cruz, no para ceremonias, sino para que la llevemos. Sí, la llevaremos, y de buena gana” (EE 7220-7221).

“Soy feliz en la cruz que llevada de buena gana por amor a Dios genera el triunfo y la vida eterna” (EE 7246).

Estas son las últimas líneas de la última carta de Comboni que ha llegado hasta nosotros; en el mismo día en que la escribió tuvo que plegarse a las fiebres y encamarse; pocos días después murió, entregando la propia vida para la regeneración del Sudán.

2.2. La regeneración de África (dimensión ministerial)

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19; cfr Is 61, 1-3).

Comboni nació y creció en un tiempo de gran inquietud social y eclesial. Una inquietud palpable en las protestas públicas, en los enfrentamientos de diverso tipos y en las guerras, pero también en el empobrecimiento de los grupos humanos más débiles. Una inquietud que se convierte en lugar de crecimiento y manifestación de un deseo cada vez más extendido de liberación. Crece en el contexto de la no fácil transición del Antiguo Régimen a la cultura liberal y asiste, en primera persona, como joven estudiante de filosofía, a uno de los momentos cruciales de este proceso: la “primavera de los pueblos”, la revolución de 1848. Con el tiempo será un observador crítico de este surgir del mundo liberal, buscando recoger sus justas pretensiones e intuiciones útiles, pero contestando sus excesos.

En el ámbito eclesial, Comboni experimenta, también personalmente, aquel nuevo humanismo que señala el retorno a una atención más activa a los más pobres redescubiertos como personas que, por causas ajenas a sus opciones o actividades, viven en situaciones que no corresponden a su dignidad. Atención que llevará a la fundación de muchísimas obras de asistencia social –entre las cuales también la obra de Don Mazza–, hará surgir las obras para el rescate de los esclavos y las asociaciones que las apoyan, y despertará en ambientes católicos, anglicanos, luteranos, etc., el ardor misionero.

En el ámbito científico (geografía, botánica, zoología, etc.) y político –después del éxito de las expediciones de Mehemed Ali por el Nilo, en las cuales participaron, como expertos, numerosos europeos– es el tiempo del descubrimiento de África como meta principal de expediciones científicas y de apertura de nuevos mercados.

La nueva cultura liberal, el nuevo humanismo eclesial y la nueva centralidad científico-política de África – a través de las mediaciones concretas de la filosofía rosminiana, del carisma mazziano, de la literatura misionera difundida en los anales de diversas asociaciones, y del testimonio directo de

Don Angelo Vinco- tocan de manera totalmente extraordinaria el corazón abierto y sensible de Comboni.

Si a los 12 años ya siente el deseo de dedicarse a las misiones extranjeras, el 6 de enero de 1849, en el vigor de sus casi 18 años, se consagra total y definitivamente a la misión e África Central:

“Si abandono la idea de consagrarme a las Misiones Extranjeras, soy mártir para toda la vida de un deseo que nació en mi alma hace más de catorce años, y que fue siempre creciendo a medida que conocí la sublimidad del apostolado” (EE 6) .

El contacto directo con los pueblos de Sudán estimulará en el todavía más el deseo de una dedicación total: los pocos meses transcurridos entre los kic en la estación misionera de Santa Cruz en 1858, los años transcurridos en Verona como responsable de las jóvenes africanas y de los jóvenes africanos acogidos en las instituciones de Don Mazza, los años de trabajo en El Cairo – junto a maestras africanas–, en la educación de esclavos y ex-esclavos provenientes de Sudán... son todos pasos, momentos de cercanía personal a su realidad y de crecimiento en la propia vocación.

Cuando el 15 de septiembre de 1864 el don del Espíritu irrumpe extraordinariamente en su vida, él es capaz de percibir su profundidad, no sólo porque estaba abierto a la contemplación de Dios, sino también porque – inmerso en las intuiciones y opciones de su generación, reconociendo en ellas la presencia de aquel Dios que habla en la historia y en la cultura de los pueblos (“la hora de África”)– se había abierto con igual intensidad a los gozos y sufrimientos de los pueblos sudaneses:

“El primer amor de mi juventud fue para la infeliz Nigricia... entre vosotros dejé mi corazón, y, habiéndome recobrado como Dios quiso, mis pensamientos y mis actos fueron siempre para vosotros.

Hoy finalmente recupero mi corazón, volviendo junto a vosotros para abrirlo en vuestra presencia...

Mi alma os corresponde con un amor ilimitado para todos los tiempos y para todas las personas. Yo vuelvo entre vosotros para ya nunca dejar de ser vuestro, y totalmente consagrado para siempre a vuestro mayor bien. El día y la noche, el sol y la lluvia me encontrarán igualmente y siempre dispuesto a atender vuestras necesidades espirituales; el rico y el pobre, el sano y el enfermo, el joven y el viejo, el amo y el siervo tendrán siempre igual acceso a mi corazón. Vuestro bien será el mío y vuestras penas serán también las mías.

Quiero hacer causa común con cada uno de vosotros, y el día más feliz de mi existencia será aquel en que por vosotros pueda dar la vida” (3156–3159).

Un “hacer causa común” que en la vida de Comboni significará un compromiso eficaz en la lucha contra la esclavitud, un esfuerzo concreto por crear condiciones para un digno desarrollo humano a través de la apertura de escuelas y el ofrecimiento de un mínimo de cuidados médicos, además de sufrir, como todos, la precariedad de los medios de comunicación y las enfermedades...

Los lugares y medios específicos en los que y con los que Comboni vive la dimensión ministerial del carisma recibido están, por tanto, profundamente arraigados en su contexto humano (carácter y formación) y contextual (ambiente cultural, político, teológico y eclesial), y, sin embargo, la libre opción de consagrar toda la vida a la regeneración de África, según la llamada que Dios le hace, lo inserta íntimamente en la vocación y en la unción del Verbo, enviado a liberar a los más pobres, sirviéndoles y dando la vida por ellos.

2.3. Un cenáculo de apóstoles (comunidad de vida y misión)

“Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. Unánimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes.” (Hech 2, 44-47)

Los teólogos de los carismas sugieren que los fundadores se preocupan, no solamente de la transmisión del ministerio concreto que se sienten llamados a realizar en el seno de la comunidad eclesial, sino también de la comunicación a los compañeros del don recibido. Razón por la cual la comunidad de los compañeros del fundador adquiere una importancia especial en la mediación del carisma.

En Comboni, esta preocupación por transmitir el don recibido se hace evidente, como ya hemos visto, en las Reglas de 1971, en las que la invitación a la contemplación del Crucificado y a la disponibilidad a seguir su camino de auto-donación se hace más evidente que nunca. Ya en el Plan, en una sutil llamada dirigida a toda la Iglesia, Comboni extendía su experiencia personal de contemplación del misterio de la cruz al “católico”, esto es, a todo bautizado que, queriendo el bien de su prójimo, desea comprometerse eficazmente en su salvación.

De la percepción que el carisma recibido no es sólo para sí mismos sino que está destinado a ser vivido por muchos hombres y mujeres –a lo que Comboni llegará sólo después de bastantes dificultades y perplejidades– nace toda la Obra de la Regeneración de la Nigrizia, en la que Comboni quería que se involucraran hombres y mujeres, eclesiásticos y laicos. Es precisamente dentro de esta Obra que Comboni funda sus institutos misioneros:

“Este instituto... se vuelve como un pequeño Cenáculo de Apóstoles para África, un punto luminoso que envía hasta el centro de la Nigrizia tantos rayos como solícitos y virtuosos Misioneros salen de su seno. Y estos rayos, que juntos resplandecen y calientan, necesariamente revelan la naturaleza del Centro del que proceden” (EE 2648).

La eclesiología Comboniana, esto es, aquel modo específico de ser y actuar como Iglesia, madurado por Comboni, también a la luz del carisma que se le ha dado, es una verdadera eclesiología de comunión, que integra los elementos que exceden los límites de la Obra en sentido estricto:

-catolicidad: en el Postulatum presentado al concilio Vaticano I, dirigiéndose a los padres conciliares, Comboni insiste en que la misión (en este caso, la misión africana) es *de toda la Iglesia*; como ya había insistido en su Plan, dirigiéndose a las órdenes religiosas, institutos, asociaciones misioneras, etc., en que la misión es de todos en la Iglesia, debiendo realizarse en la convergencia sinérgica de los carismas y fuerzas eclesiales.

-encarnación: de su Plan y de su práctica misionera destacamos, además, un deseo de contextualización de la acción evangelizadora, según el cual a) los usos y costumbres locales deben formar parte del discernimiento en la programación y en la acción; y b) los africanos y africanas deben asumir desde el inicio el verdadero protagonismo.

2. 4. El núcleo del carisma de Comboni

“Sobre la dinastía de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de consolación. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron” (Zac 12, 10).

¿Cuál es, pues, la sustancia del carisma de Comboni? En pocas palabras, se podría decir: *la contemplación de la muerte en cruz del Hijo de Dios, como momento de la regeneración de África.*

Reconocemos aquí su dimensión espiritual, el misterio de la cruz, y su dimensión ministerial, la regeneración de África.

Toda la vida misionera de Comboni, después de la recepción de este carisma, será una búsqueda personal de como profundizar coherentemente este aspecto del misterio y del ministerio de Cristo. Él inició un camino místico que lo llevó, por una parte, a *comprender cada vez mejor* el significado de aquel Dios muerto en la cruz para la regeneración del ser humano; y, por otra, a *identificarse cada vez más existencialmente* con la sustancia teologal de aquel misterio, hasta poder afirmar que se encontraba él mismo “en la cruz”, entregando la propia vida por la regeneración de África.

En el contexto de esta lenta y difícil ascensión espiritual y apostólica encuentran un sentido nuevo y más profundo, y una orientación mejor enfocada, aquellas devociones que los habían “formado” desde niño: concretamente, el Sagrado Corazón de Jesús, la Reina de la Nigricia –que no por casualidad se convierte en Nuestra Señora del Sagrado Corazón– y San José, expresión concreta de la paterna providencia divina, que guía la historia. Estas devociones experimentan un auténtico salto cualitativo y se enriquecen con un contenido esencialmente diferente, aunque se mantengan las formas externas de las mismas.

Esta muerte de Cristo en cruz:

- Revela de manera absoluta la incondicionalidad de su amor y obediencia al Padre;
- Anuncia inequívocamente su completa solidaridad con una humanidad herida por el pecado y la muerte y la total dedicación a la causa de su regeneración;
- Expresa en el modo más cruento la “condición” de aquella obediencia y de aquella solidaridad: la muerte en cruz.

Comboni, como hemos visto más arriba, buscará con una coherencia indefectible la identificación con Cristo en cada una de estas dimensiones. No me parece casual que la experiencia carismática fundante suceda el día siguiente a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, ni que Comboni escoja precisamente esa fiesta para consagrar su misión al Sagrado Corazón de Jesús, casi afirmando después de casi una década –a mitad de camino entre el día de recepción del carisma y el de la entrega de la propia vida– que el sentido último de aquel Corazón traspasado se lo puede comprender solamente contemplándolo en la falda del Gólgota.

3. Del carisma de Comboni al carisma de las combonianas y de los combonianos

Muchos dones con los que el Espíritu mantiene viva en la Iglesia la doble tensión hacia Dios y hacia su Reino son personales, comunicados a una persona para ayudarla a vivir plenamente su ser cristiana en su tiempo. Aunque los dones personales estén al servicio y en beneficio de toda la Iglesia, se acaban con la muerte de quien los ha recibido. Los dones llamados fundacionales son aquellos que poseen ya en la intención del Espíritu que los suscita un carácter más duradero: deben hacer visible y actual un aspecto específico del misterio y del ministerio de Cristo y, con ello, ayudar a la madurez de la Iglesia, sacramento de Su presencia, y apresurar la venida del Reino.

Pero el hecho que estos carismas estén destinados a ser vividos en tiempos, espacios geográficos y culturas diversas, exige de quien los recibe la capacidad de ponerlos en diálogo con el propio contexto histórico-social. Ya que, si por una parte es siempre el mismo Espíritu que suscita en cada cristiano una vocación particular, por la otra son las mujeres y hombres que viven el carisma en aquel lugar y momento histórico quienes tienen la responsabilidad de entregar la sustancia a las nuevas generaciones.

Así, el carisma de Comboni y el carisma comboniano necesariamente presentan hoy características diferentes, ya que se los vive en contextos personales, sociales, eclesiales, históricos y culturales diversos. Pero deben seguir siendo expresión coherente de aquella específica dimensión del misterio y del ministerio de Cristo. En el caso del carisma comboniano, debe seguir manifestando los frutos de la contemplación del Traspasado en las vidas de todos y todas las que son llamados a vivir este carisma hoy, haciéndolos instrumentos eficaces de regeneración de aquellos que son hoy los más pobres y abandonados en los contextos sociales en los que están llamados a vivir.

Al vivir el carisma en espacios y tiempos diversos, se manifiestan dos principios fundamentales para su vitalidad y relevancia:

- Su sustancia espiritual, el misterio cada vez más profundamente contemplado, permanece la misma, aunque las expresiones simbólico-devocionales que la revisten cambien (principio de fidelidad),
- Los lugares y modalidades de su acción –aun buscando celosamente de conservar el tesoro sapiencial recogido en la experiencia vital del fundador y de sus seguidores más fieles– cambian en diálogo abierto y atento con las instancias del “aquí y ahora”, conducido a la luz de los “signos de los tiempos” (principio de dinamicidad).

3.1. En la contemplación del Traspasado abiertos a la acción del Espíritu

“¿Qué debemos hacer?... Únicamente resignarnos con buen ánimo a la voluntad de Dios, bendecir por siempre sus adorables disposiciones, regresar por ahora a la patria y esperar nuevos movimientos del Espíritu de Dios, dispuestos siempre nosotros a sacrificarlo y a vencerlo todo por seguir y ejecutar la voluntad del Señor” (EE 464).

Comboni ha recibido y vivido un carisma extraordinario porque ha sabido vivir en la escucha del Espíritu en la contemplación del misterio de la cruz hasta hacerse uno con el Crucificado. Él ha interiorizado progresivamente las actitudes cotidianamente contempladas en el Traspasado; y ha aceptado la condición y las consecuencias de un seguimiento hasta la entrega de la propia vida.

Nosotros que lo seguimos debemos buscar vivir *su espiritualidad*, esto es:

- En la atención al Espíritu que nos llama a vivir este carisma en la Iglesia y en el mundo, y en la apertura a aquel tesoro sapiencial que se nos comunica en el estudio de la personalidad, espiritualidad y acciones de Comboni, además de en la vida de sus seguidores, transmitido por los que han vivido el don antes que nosotros.
- En la capacidad de contemplar y tener los ojos cotidianamente fijos en la cruz, buscando comprender cada vez mejor el significado de aquel Dios muerto en cruz para la salvación de los más pobres y abandonados, encontrando incluso nuevas simbologías y devociones más adaptadas a nuestro lenguaje y modo de sentir.
- En la disponibilidad de identificarse cada vez más íntimamente con el Traspasado que contemplamos, asumiendo sus sentimientos, sus actitudes, su misión.

3.2. En la misión Comboniana atentos a los “signos de los tiempos”

“Es para mí un gran consuelo pensar una y otra vez que desde hace ya dieciocho siglos ellos han sido liberados, por medio de la sangre de Cristo... Pues bien, ¿por qué ... sólo la Nigricia del interior se encuentra aún en las tinieblas y sombras de muerte, sin pastor, sin apóstoles, sin Iglesia, sin fe? ¿Por qué entre todas las naciones del mundo, sólo ella no está aún sometida al dominio de Cristo?... ¡Los infelices pueblos de

África han sido excluidos del beneficio de la redención!” (EE 2300–2301).

Comboni ha sido un hombre de apertura y diálogo con las personas y las ideas de su tiempo, identificado con los propios orígenes pero siempre abierto a lo nuevo y a un crecimiento coherente. Llamado al servicio de los más pobres y abandonados, él se identifica con los pueblos de África central, privados de todos los beneficios del desarrollo humano y del bien por excelencia, del conocimiento de Aquel que por ellos había vertido su sangre. Ha sabido denunciar la situación de exclusión en la que vivían los africanos, particularmente en los palacios y ministerios en los que se podía cambiar las políticas que mantenían y agravaban la situación. Ha sabido abrirse a la escucha de sus voces, hacer causa común con ellos permaneciendo junto a ellos en los momentos de gozo y en los sufrimientos, y suscitar un movimiento de solidaridad social y eclesial con África.

Nosotros que lo seguimos debemos buscar vivir *su misión*, esto es, crecer:

- En la apertura al diálogo con las personas y las ideas de nuestro tiempo, buscando crecer coherentemente hacia una madurez Comboniana, capaz de responder a los desafíos del presente.
- En el discernimiento y la identificación de aquellos lugares y grupos humanos que son en nuestros tiempos los más pobres y abandonados, los más “excluidos del beneficio de la redención”.
- En la denuncia pública de todas las injusticias y marginaciones que impiden a tales grupos humanos participar con dignidad en la vida de la familia humana, particularmente allí donde se toman las decisiones capaces de cambiar su situación.
- En la escucha respetuosa y atenta de la voz de los más pobres, reconociéndolos como los primeros protagonistas de la propia

“liberación”; en el hacer causa común con ellos, compartiendo sus alegrías y tristezas, sus esperanzas y angustias; y buscando suscitar en la Iglesia y en la sociedad la conciencia de su condición y un compromiso efectivo en vista de superar los mecanismos de injusticia que los oprimen.

3.3. Cristianos en el mundo al estilo de Comboni

“Los católicos de todo el mundo, identificados y fundidos con esa sobrehumana caridad que abarca la totalidad del universo, y que el Divino Salvador vino a traer a la tierra” (EE 2790).

En el imaginario de Comboni la Obra de la Regeneración de la Nigricia era un vasto movimiento de hombres y mujeres, eclesiásticos y laicos, gobernantes y súbditos, consagrados a la misión en África con un juramento o participantes en la Obra que siguen con su vida profesional y familiar... Cristianos y cristianas que, reconociendo la degradante situación en la que vivían los africanos y percibiendo la bondad de la obra Comboniana, se comprometían de maneras diversas en la misión Comboniana.

No sin sorprenderse, las mujeres y hombres de su tiempo le oían hablar: a) de la idéntica importancia del trabajo de quien trabaja en la vanguardia de la misión y de quien lucha en Europa para que tal misión sea posible; b) del igual valor, y a veces superior, de sus misioneras en relación con los misioneros; c) de la igual dignidad de los ministerios laicales y clericales.

Baste recordar aquí el testimonio del señor Augusto Wiscniewski, misionero laico de origen polaco desde 1856. En carta de 1873 desde Jartum decía:

“Como sabe el Comité, era mi intención abandonar la misión y regresar a Europa, con la partida de los padres franciscanos; pero doy gracias a Dios por no haber realizado enseguida aquel proyecto mío y de haber esperado a que llegara primero el señor provicario (Comboni) con su

caravana, porque así puedo quedar como miembro de la misión, como me lo pide mi corazón. Ya la entrada del señor provicario y sus palabras han suscitado la impresión más favorable en todos los miembros de la misión, incluidos los de lengua alemana; el modo como nos trata es excelente y hay un amor entre nosotros como no lo habíamos experimentado antes. Se preocupa de todo y a cada miembro de la misión s ele confía un campo de acción: sacerdotes y laicos reciben el mismo trato. La escuelas de las Hermanas es muy frecuentada y ellas son estimadas por todos; se ocupan de la cocina para todos los miembros de la misión, con lo que se ahorra mucho en leña y en personal de servicio. La misión es apreciada por todos, como nunca antes, y se ha producido un cambio decisivo en una dirección mejor. Los miembros de la misión están llenos del celo de su excepcional vocación; si no faltan los medios, ciertamente no faltarán los diligentes operarios” (A la Sociedad de Viena).

Hoy la teología de los carismas nos ayuda a comprender mejor esta visión verdaderamente profética de Comboni.

El Espíritu suscita la llamada a participar en el carisma comboniano a cristianos y cristianas con las más diversificadas posiciones e nivel social y eclesial. Así la espiritualidad y la misión combonianas pertenecen a todos los llamados a vivirlas en la Iglesia y en el mundo, sin especiales prioridades o grados de participación.

Que los carismas estén destinados a ser vividos por cristianos de todas las extracciones sociales y eclesiales es un hecho intuido ya desde hace siglos, de tal manera que muchas familias religiosas se desarrollado un primer, segundo o tercer orden, para poder integrar hombres y mujeres consagrados, pero también laicos y laicas en el camino de desarrollo y crecimiento de un carisma específico.

Hoy, con la eclesiología de comunión que nos ha dejado el Vaticano II y estudiada más a fondo en los últimos años, nos encontramos ante un nuevo contexto eclesial, en el que los movimientos eclesiales crean dinámicas capaces de incluir las diversas vocaciones en la Iglesia en un ser y en una acción convergentes. Estas se presentan, a juicio de algunos teólogos, como un nuevo momento de madurez eclesial y los carismas –también el comboniano– deben recolocarse precisamente en esta dinámica. El término “comboniano” o “Comboniana” no debería permanecer como un sustantivo para religiosos y religiosas y un adjetivo para laicos y laicas, sino como un sustantivo para todos, igualmente llamados en el Espíritu, aunque en la especificidad de los diversos ministerios eclesiales, a actualizar hoy aquel momento específico del misterio y del ministerio de Cristo que constituye la sustancia del carisma comboniano y que hace a todos verdaderos combonianos y combonianas en la Iglesia y en el mundo.